

SI ESTAMOS PREPARADOS

Durante los años que estudié en la Universidad tuve oportunidad de asistir a muchos cursos que formaban parte de mi formación profesional. En cada curso, el profesor se esmeraba por enseñarnos el contenido de su materia, agregando al contenido de sus clases, ejercicios de aplicación de los conocimientos transmitidos. Al final del curso debíamos salvar una prueba práctica donde debíamos resolver problemas similares a los resueltos durante el curso.

En casi todos los casos, los ejercicios planteados en la prueba práctica —que era eliminatoria— consistían de casos donde bastaba con conocer el método de resolución de un problema similar visto en clase y aplicarlo sobre datos nuevos. Había sí que usar un poco de ingenio, pero si el alumno se había preocupado por seguir, durante el año, las indicaciones que el profesor daba, no tenía mayores dificultades en salvar la prueba.

Existía, sin embargo, una materia que escapaba a esa lógica. Era la materia “maldita” pues el profesor de ella se empeñaba en plantear problemas que nada tenían que ver con los vistos durante el curso. El examen era un escollo difícil de vencer y causaba terror entre los estudiantes. Parecía una arbitrariedad de su parte y ciertamente aquel profesor contaba con pocos simpatizantes entre sus alumnos. Después de perder el examen la primera vez que me tocó darlo, me animé a consultarlo y, con mucha delicadeza, le inquirí el motivo de su proceder.

“Uds. los alumnos están muy acostumbrados a enfrentar problemas ya digeridos”, me manifestó. “Los ejercicios de examen ya tienen todos los datos en la letra, el método se lo saben de memoria porque ya han hecho decenas de ejercicios iguales, y basta que repitan las fórmulas el día de la prueba para que la salven.”

Después de una breve pausa, continuó diciendo: “La vida profesional no es así. Cuando Uds. se hayan graduado van a enfrentarse a problemas nuevos, muy diferentes de los teóricos que pudieran haber visto durante sus estudios universitarios. Las situaciones en la vida real se presentan sin una lista de datos; tendrán que fabricarla, decidir cuáles se necesitan, y si no pueden conocer sus valores, tendrán que estimarlos en base a su experiencia. Deberán usar los conocimientos y principios que aprendieron en la Facultad y aplicarlos usando su creatividad, buscando una y otra vez la solución, a veces sin más motivación que su fe en la profesión y la confianza en su propia capacidad para llegar al éxito. Si yo les simplifico la vida ahora, hallarán el terreno de su profesión mucho más escabroso y les estaré boicoteando vuestro progreso.”

Los años han pasado y he comprobado la verdad de sus palabras una y otra vez, no sólo en mi actividad profesional, sino en todos los aspectos de la vida.

Podemos leer muchos libros sobre la paternidad, pero nada prepara mejor a una persona para ser padre que el tener hijos y criarlos. Un joven o una jovencita podrá tener una idea bastante aproximada de lo que significa ser un buen cónyuge pero sólo después de contraer

nupcias aprenderá, con las lecciones de la propia vida, que en el matrimonio dar es ganar, amar significa muchas veces sufrir, privarse, saber disculparse y saber perdonar , y que, dentro de él, el egoísmo no tiene cabida. Nuestra natural aversión al dolor nos priva de valorar su verdadera utilidad hasta que la vida nos enseña que es en medio de los dolores que más podemos acortar la distancia que nos separa de Dios.

En todas estas cosas y, en realidad, en todos los aspectos de nuestro estado terrenal, el buscar conocimiento es necesario; el recibir instrucción de nuestros mayores, de nuestros líderes y de las propias Escrituras también lo es; pero la mera intelectualización del conocimiento, la simple acumulación de saberes no alcanza para proveernos del progreso imprescindible para alcanzar las alturas de la felicidad plena “hoy” y en la vida venidera, la exaltación. Se requiere más que conocimiento de nuestra parte: se requiere alcanzar sabiduría.

Nefi enseñó las Escrituras a su pueblo. Lo hizo para que fuera un pueblo más instruido. Pero enseñó de una manera particular. Buscó que el pueblo aplicara el conocimiento adquirido a sí mismo, para su provecho e instrucción¹. El sabio es sabio no tan sólo porque conoce sino porque, además, sabe cómo usar su conocimiento; luego va y aplica su conocimiento en su propio provecho.

Es indudable que para aplicar un conocimiento es necesario primero adquirirlo. En ello consiste la importancia de la preparación. Las Escrituras nos exhortan a buscar la preparación que necesitamos para salir victoriosos de nuestro estado mortal.

“Os digo estas cosas a causa de vuestras oraciones; por lo tanto, atesorad sabiduría en vuestro seno, no sea que la maldad de los hombres os revele estas cosas por medio de su iniquidad, de una manera que retumbará en vuestros oídos con una voz más fuerte que la que sacudirá la tierra; mas si estáis preparados, no temeréis.”²

Nuestra preparación debe ser permanente. Nunca se termina de aprender y nunca se sabe cuándo necesitaremos de nuestros conocimientos y experiencia anteriores para enfrentar problemas nuevos, que ni siquiera imaginamos que tendríamos que enfrentar.

Nuestra preparación debe ser completa. Debemos consagrarnos a obtener una buena educación secular³ que nos abra las puertas a la autosuficiencia temporal; pero nunca debemos descuidar nuestra preparación espiritual. Debemos dedicar tiempo al estudio diario de las Escrituras⁴ y a las enseñanzas de las Autoridades Generales, a la oración personal⁵, a la reflexión y meditación profundas⁶.

Nuestra preparación debe incluir la búsqueda de la guía del Espíritu Santo: “Porque he aquí, os digo otra vez, que si entráis por la senda y recibís el Espíritu Santo, él os mostrará todas las cosas que debéis hacer”⁷.

Nuestra preparación debe ser sincera. Debemos tener verdadera intención, a medida que nos preparamos, de vivir el evangelio y glorificar a Dios: “Y si vuestra mira está puesta únicamente en mi gloria, vuestro cuerpo entero será lleno de luz y no habrá tinieblas en vosotros; y el cuerpo lleno de luz comprende todas las cosas.”⁸

Nuestra preparación debe ser valiente. Debemos prepararnos para toda eventualidad, porque debemos seguir “la admonición de Pablo: Todo lo creemos, todo lo esperamos; hemos sufrido muchas cosas, y esperamos poder sufrir todas las cosas”⁹.

Nuestra preparación debe ser práctica y de calidad. Debe ayudarnos a vivir. No es un mero instrumento para dar buenos discursos, demostrar conocimiento en una clase o recitar de memoria pasajes de las Escrituras (aunque todo ello es recomendable). Cuando el infortunio golpee nuestra puerta, cuando la oposición nos frene el camino, cuando la enfermedad azote nuestra salud o la de nuestros seres queridos, cuando los problemas financieros limiten nuestro bienestar temporal o cuando nos parezca que la soledad es nuestra única compañera, lo que hayamos invertido en nuestra preparación espiritual y el grado de nuestro cumplimiento de los mandamientos pautarán nuestra capacidad para soportar y vencer. Si nos preparamos adecuadamente, ello “hará la diferencia”, y escucharemos al Espíritu susurrar a nuestro corazón: “Hijo mío, paz a tu alma; tu adversidad y tus aflicciones no serán más que por un breve momento; y entonces, si lo sobrellevas bien, Dios te exaltará; triunfarás sobre todos tus enemigos”¹⁰.

Nuestra preparación debe ser la tarea más urgente que tengamos por delante. Debemos aprovechar toda oportunidad que dispongamos para ello pues, por lo general, cuando sobreviene la tribulación, es demasiado tarde para improvisar fortalezas. Debemos seguir el ejemplo de las “vírgenes sensatas” de la parábola del Señor¹¹, teniendo siempre nuestra linterna interior con abundante aceite. Las adversidades y pruebas llegan de improviso. Nadie las está esperando. Llegan y se devoran nuestras fuerzas a menos que estemos preparados y podamos resistir.

Tenemos por maestro un Maestro perfecto. Alguien que “por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser el autor de eterna salvación para todos los que le obedecen”¹². Seamos Sus discípulos aplicados, hagamos conforme a Sus palabras y confiemos en Sus indicaciones. Él comprende todas las cosas y sabe qué es lo mejor para nosotros. Aceptemos Su invitación de prepararnos a consciencia. Él enderezará nuestro camino y nos proveerá de lo que necesitemos para nuestro progreso eterno.

1) Véase 1 Nefi 19:23

2) *Doctrina y Convenios 38:30 (cursiva agregada)*

3) Véase *Doctrina y Convenios 109:7*

4) Véanse *Juan 5:39, José Smith - Mateo 1:37, 2 Nefi 32:3*

5) Véase *Doctrina y Convenios 10:5*

6) Véanse *Doctrina y Convenios 30:3, 2 Nefi 4:15*

7) *2 Nefi 32:4*

8) *Doctrina y Convenios 88:67*

9) *Artículo de Fe 13*

10) *Doctrina y Convenios 121:7*

11) Véase *Mateo 25:1-13*

12) *Hebreos 5:8-9*